

CAPITULO X.

Historia de Don Alfonso, y de la bella Serafina.

Nada, padre mio, os disimularé, como ni tampoco á este caballero que me escucha. Hariale gran agravio en desconfiar de él despues de la generosa accion que usó conmigo. Voy, pues, á contaros mis desgracias.

Nací en Madrid, y mi origen fue el que voy á referir. Un Oficial de Guardias Walo-nas, llamado el Baron de Steinbach, entrando una noche en su casa, se halló al pié de la escalera con un envoltorio de lienzo. Levantóle, llevóle al quarto de su muger, desenvolvióle, y encontraron un niño recién nacido, fajado en pañales muy delicados y finos, y un billete que decia ser hijo de padres distinguidos, que á su tiempo se darían á conocer, y que el niño estaba ya bautizado con el nombre de Alfonso. Este niño era yo, y esto es todo quanto sé de lo que soy. Víctima del honor ó de la infidelidad, ignoro si mi madre me expuso para ocultar sus vergonzosos amores, ó si engañada por un amante perjuro, se vió en la cruel necesidad de abandonarme.

Sea lo que fuere, el Baron y su muger se sintieron tan movidos de mi desgracia, que como

mo se hallaban sin sucesion resolvieron criarme como si fuera hijo suyo, conservándome el nombre de Don Alfonso. Al paso que yo crecía en edad, crecía el amor en ellos. Hacianme mil caricias en pago de mis apacibles modales, y por mi docilidad. Todos sus pensamientos eran de darme la mejor educacion. Buscáronme los mejores maestros en todas letras y habilidades que podian contribuir á ella. Léjos de esperar con impaciencia á que se descubriesen mis padres, parecia por el contrario que deseaban no se manifestasen jamás. Luego que el Baron me vió en estado de poder seguir las armas me aplicó al servicio del Rey. Conseguióme una bandera, y mandó hacerme un pequeño equipage. Para animarme á buscar las ocasiones de adquirir gloria y darme á conocer, me representó que la carrera del honor estaba abierta á todo el mundo, y que en la guerra podria hacer mi nombre tanto mas glorioso, quanto solo seria deudor á mi corazon y á mi espada de la gloria que adquiriese. Al mismo tiempo me reveló el secreto de mi nacimiento, que hasta allí me habia ocultado. Como en todo Madrid pasaba por hijo suyo, y como yo mismo efectivamente me tenia por tal, confieso que me turbó no poco esta confianza. No podia pensar en ello sin llenarme de rubor. Por lo mismo que mis nobles pensamientos y mis honrados impulsos me aseguraban de un distinguido nacimiento, era mayor el dolor de verme abandonado de aquellos á quienes le habia debido.

Pa-

Pasé á servir en los Países Baxos, donde se hizo la paz poco despues que llegué al ejército. Hallándose España sin enemigos me restituí á Madrid, y fuí recibido por el Baron y su muger con nuevas demostraciones de ternura. Habianse pasado dos meses desde mi retorno, quando una mañana entró en mi quarto un pagedillo que me puso en las manos un billete concebido poco mas ó menos en estos términos: *No soy fea ni contrahecha: y con todo eso Vm. me vé todos los dias á mi ventana con grande indiferencia: frialdad muy agena de un mozo tan galan. Estoy tan ofendida de este proceder, que por vengarme, quisiera inspirar el amor en ese corazon de hielo.*

Apenas leí este billete quando me persuadí sin la menor duda á que era de una viudita llamada Leonor, que vivia en frente de mi casa, y tenia créditos de ser de cascos alegres. Examiné sobre este punto al pagedillo, que por algun breve rato quiso hacer del callado; pero á costa de dos ó tres pesetas satisfizo plenamente mi curiosidad, y se encargó de llevar á su ama mi respuesta. Decíala en ella que conocia y confesaba mi delito, el qual estaba ya medio vengado, segun lo que reconocia en mí.

Con efecto, no me mantuve insensible á esta graciosa manera de conquistar. No salí de casa en todo aquel dia, asomándome frecuentemente á mis ventanas para observar á la dama, que tampoco se deseuidió en hacerse ver

desde las suyas. Hícela señas, que fueron bien correspondidas; y el dia siguiente me envió á decir por su pagedillo, que si entre once y doce de aquella noche queria yo pasear nuestra calle, podiamos hablarnos á la reja de una sala baxa. Aunque no me sentia muy encendido en el amor de una viuda tan viva, sin embargo no dexé de responderla en términos que me representaban muy apasionado; y á la verdad esperé la noche con tanta impaciencia como si efectivamente lo estuviera. Luego que aquella llegó salí á pasearme al Prado, para engañar el tiempo que restaba hasta la hora de la cita. Aun no bien habia entrado en el paseo, quando acercándose á mí un hombre montado en un hermoso caballo, se apeó precipitadamente de él, y mirándome con torbo ceño: caballero (me dixo con voz sobradamente destemplada) ¿no sois vos el hijo del Baron de Steinbach? El mismo; respondí yo en tono que conociese quanto me desazonaba aquel incivil modo de abordarme. Luego vos sois el mismo que estais citado (prosiguió él) para dar esta noche conversacion á Leonor en la reja de su quarto baxo. He visto su billete, y he visto vuestra respuesta, porque me las mostró el pagedillo. Os he seguido hasta aquí desde que salisteis de vuestra casa, para advertiros que teneis un competidor, el qual se averguenza de disputar el corazon de una dama con un hombre como vos. Paréceme que no es menester deciros mas. Hallámonos en sitio retirado. De-

cidan la disputa las espadas, salvo que vos, por evitar el castigo que preparo á vuestra temeridad, me deis palabra de romper toda comunicacion con Leonor. Sacrificadme las esperanzas que teneis, ó en este mismo punto voy á quitaros la vida. Ese sacrificio, que no me costaria mucho, (respondí yo) se habia de pedir con modestia, y no intimarse con arrogancia. Quizá concederia á vuestros ruegos lo que no puedo menos de negar á vuestras amenazas.

Pues riñamos, dixo él atando el caballo á un arbol, porque no es decente á un hombre como yo abatirse á suplicar á un hombre como vos. Si la mayor parte de mis iguales se halláran en el caso en que yo me hallo, se vengarian de vos muy de otra manera menos honrosa. Ofendiéronme mucho estas últimas palabras, y viendo que él habia sacado su espada, saqué yo tambien la mia. Reñimos con tanta furia que duró poco el combate. O fuese porque le cegó su demasiado ardor, ó ya porque yo fuese mas diestro que él, muy á los principios le dí una estocada, de la qual le ví primero titubear, y despues caer en tierra. Entonces solo pensé en ponerme en salvo, y montando en su propio caballo, tomé el camino de Toledo. No volví á casa del Baron de Steinbach, pareciéndome que la relacion de mi aventura solo podia servir para affigirle; y quando hacia reflexion al peligro en que me hallaba, conocia que no debia perder un momento en ale-

jarme de Madrid.

Ocupado enteramente de tristísimas reflexiones caminé toda la noche y toda la mañana del dia siguiente. Pero hácia el medio dia me ví precisado á detenerme para que descansára el caballo y se mitigase el calor, que cada instante se hacia mas inaguantable. Detúveme, pues, en una aldea hasta que se puso el sol, continuando luego mi camino con ánimo de no desmontar hasta verme en Toledo. Estaba ya dos leguas mas allá de Illescas, quando cerca de media noche me cogió en campo raso una furiosa tempestad, semejante á la que acaba de sorprendernos. Refugiéme tras de las paredes de un jardin que ví á pocos pasos de mí; y no hallando abrigo mas cómodo me cubrí con mi caballo lo mejor que pude junto á la portezuela de un gabinete que estaba en un ángulo de la misma cerca, sobre la qual habia un pequeño balcon, que sin duda servia de mirador. Arriméme á la misma portezuela para estar mas á cubierto dentro de su lintél, y á poco impulso conocí que estaba abierta, quizá por descuido de los criados. Menos por curiosidad que por estar mas resguardado de la lluvia, que no dexaba de incomodarme mucho debaxo del balcon, me entré en el gabinetillo ó quarto baxo, juntamente con el caballo, tirándole por la brida.

Mientras duraba la tempestad me divertia yo en reconocer el sitio en que me hallaba lo mejor que me era posible; y aunque solo po-

dia registrarle á favor de los relámpagos, juzgué ser una quinta de alguna persona rica y de conveniencias. Estaba siempre esperando que cesase la tempestad para volver á ponerme en camino; pero habiendo visto una gran luz á bastante distancia, mudé de parecer. Dexé encerrado el caballo en el gabinete, tirando tras de mí la puerta, y me fuí acercando hácia aquella luz, persuadido á que estaban todavía algunas gentes en pie, para suplicarles me diesen abrigo por aquella noche. Despues de haber atravesado algunos corredores me encontré con un salon, cuya puerta estaba igualmente abierta. Entré en él, y habiendo visto su magnificencia á beneficio de un gran farol de cristal que le comunicaba una clarísima luz, ya no tuve duda era de algun gran señor aquella casa de campo. Era el pavimento de marmol, el techo un soberbio artesonado, dorado con exquisito primor, la cornisa trabajada con la mayor delicadeza, y en todo brillaba el esmero de los mas hábiles pintores. Pero lo que me llevó toda la atencion fué una multitud de bustos de los mas famosos heroes Españoles, sostenidos sobre bellísimos pedestales de marmol jaspeado, que adornaban las paredes del salon. Tuve bastante tiempo para informarme de todas estas cosas, porque habiendo aplicado de quando en quando el oido para ver si sentia algun rumor, nada pude percibir.

A un lado del salon habia una puerta medio cerrada, á la qual me acerqué, y ví que des-

despues de ella se seguía una gran fila de quartos, y que en el último de ellos habia una luz que alumbraba débilmente. Consulté conmigo mismo lo que debia hacer, si retroceder por donde habia venido, ó hacerme ánimo para penetrar hasta aquel quarto. La prudencia dictaba que el partido mas acertado era el de retroceder y retirarme; pero pudo mas la curiosidad que la prudencia, ó por mejor decir, fué mas poderosa la fuerza de mi destino, que en cierta manera me arrastraba hácia donde no debia ir. Llevé, pues, mi empeño adelante, y habiendo pasado por todas las piezas llegué á la última, donde ardía una blanca bugia, colocada en un precioso candélero sobre un bufete de marmol. Desde luego conocí que era un quarto de verano, alhajado con singular gusto y riqueza; pero volviendo presto los ojos hácia una magnífica cama, cuyas cortinas estaban medio abiertas á causa del gran calor, ví un objeto que me arrebató toda la atencion. Era una bizarra y jóven dama, que á pesar del estruendo pavoroso de los truenos, dormia profundamente. Acerquéme á ella paso á paso, recelando que la despertase mi aliento, y á favor de la claridad que comunicaba la bugia, descubrí una tez tan delicada y unos rasgos tan finos de belleza, que verdaderamente me encantaron. A su vista todos mis espíritus se pusieron en inquieto movimiento, y me sentí transportado; pero cedió la agitacion al concepto que desde luego formé de la nobleza de su

su sangre, tanto, que ningun pensamiento temerario se atrevió á manchar la imaginacion, pudiendo mas el respeto que el fogoso bullicio de la sangre. Mientras yo estaba embelesado en contemplarla, ella despertó inopinadamente.

Facil es de imaginar lo sorprendida que se hallaría quando se vió con un hombre desconocido, á la media noche, en su quarto, y al pié de su misma cama. Toda estremecida y toda sobresaltada dió un gran grito. Hice quanto pude para asegurarla y aquietarla; hínqué una rodilla en tierra, y lleno de veneracion y de respeto la dixé: no temais, señora, que no he venido aqui para haceros ni aun el mas ligero insulto. Iba á proseguir; pero ella atemorizada, ni aun tuvo libertad para escucharme. Comenzó á dar grandes voces llamando á sus criadas; y como ninguna la respondiese, echó mano á toda priesa de una ligera bata que estaba al pié de la cama, cubrióse con ella, salta en tierra arrebatadamente, toma en la mano la bugía, atraviesa corriendo toda la hilerá de salas, llamando sin cesar á sus camareiras, y á una hermana suya menor, que habitaba en la misma quinta. Por momentos estaba yo temiendo ver sobre mí toda la familia, y que sin merecerlo y sin oirme me tratasen mal; mas quiso mi fortuna que por mas gritos que dió, nadie apareció sino un criado viejo, que de poco la sirviera si se viese en un apuro. No obstante bastó la presencia del buen

vie-

viejo para que cobrase un poco de ánimo, y me preguntára con altivez, quién era yo, por dónde y á qué fin habia tenido atrevimiento para introducirme en su casa. Comencé á justificarme; pero apenas la dixé que habia entrado por la puerta del gabinete del jardin, que habia hallado abierta, quando prorrumpió en un lastimoso grito, diciendo: ¡justo cielo, y qué cosas son las que ahora me vienen al pensamiento!

Diciendo esto va con la bugía á registrar todos los quartos de la quinta; no encuentra á su hermana, ni á ninguna de sus criadas; antes ve que éstas se habian llevado consigo sus hatillos. Pareciéndola que se habian demasiadamente verificado sus sospechas, se volvió á donde yo me habia quedado, y articulando mal las palabras, cortadas con la cólera: infame (me dixo) no añadas la mentira á la traicion. No te ha traído á esta quinta la casualidad, ni has entrado en ella por los accidentes que finges. Tú eres parcial de Don Fernando de Leyva, y cómplice en su delito. No esperes vanamente escapar á mi venganza: tengo aun bastante gente en casa para prenderte. Señora (la respondí) no me confundais, os ruego, con vuestros enemigos. Ni conozco á Don Fernando de Leyva, ni sé todavía quien sois vos. Soy un infeliz, á quien cierto lance de honor obligó á ausentarse de Madrid; y juro por quanto hay sagrado en el cielo y en la tierra que á no haberme precisado á ello la tempestad no hu-

bie-